

## § V.—Los Escépticos.

## N.º 1.—Influencia del método escolástico sobre el escepticismo.

La duda es natural al espíritu humano; en cuanto el hombre piensa, duda porque nunca ve la verdad entera; siempre hay algo de error en la verdad tal como la concibe un sér imperfecto, y por consiguiente, siempre há lugar á la duda. ¿No habrá habido dudas en la Edad Media? Los fanáticos de un pasado que no conocen quisieran conceder este honor á nuestros antepasados; no echan de ver que su elogio implica una ignominia; en efecto, decir que la Edad Media no ha dudado, es decir que no ha pensado. La creencia más firme no impide la duda, pero ayuda á vencerla. A los ojos de los hombres de fe la duda es una inspiracion del demonio: bajo esta forma, si puede decirse así, es como primeramente aparece en la Edad Media; aquellos á quienes acomete, la rechazan por medio de la oracion y las mortificaciones (1). A veces venía en su auxilio algun milagro (2); pero ¿qué sucederá cuando ya no haya milagros que disipen las dudas?

La duda no se limitó á ser una opinion individual, aislada; gracias al método de los filósofos escolásticos, llegó á ser una tendencia general de los pensadores. La escolástica marchaba siempre apoyada en autoridades, como las Sagradas Escrituras, los Padres de la Iglesia y los filósofos antiguos. Como rara vez estaban conformes estos testimonios, se abria vasto campo á la dialéctica. Sobre los principales puntos del dogma católico habia un pro y un contra, y cada opinion tenia á su favor nombres más ó ménos imponentes. *Abelardo* presentó estos testimonios en su famosa recopilacion titulada *Sí y No*. Todos los escolásticos procedian de

(1) Véase la confesion de un monje del siglo XI, en D'ACHERY, *Spicileg.*, t. IV, p. 109.

(2) Una jóven religiosa dudaba de la existencia de Jesucristo, de los ángeles y del paraíso. El abad ordenó oraciones por la hermana, y el alma de la religiosa salió de su cuerpo y vió á Jesucristo y á los ángeles en el cielo. (CÆSAR, HEBTERBACHENS., *Dialog.*, IV, 39.)

la misma manera. Ninguna verdad, por patente que fuera, estaba al abrigo de esta controversia; así es que se encuentra en *Santo Tomás* una serie de argumentos contra la existencia de Dios. ¿Cuál debia ser el resultado de semejante método? *Abelardo* dice que la duda es el medio de llegar á la verdad; á la verdad filosófica, sí; pero la duda aplicada á la verdad revelada conduce al escepticismo más bien que á la fe. A fuerza de pesar razones en pro y en contra, el ánimo quedaba indeciso, y hallaba que todas las opiniones eran igualmente probables. De aquí resultó que la incertidumbre llegó hasta el fondo mismo del dogma. Esto era tanto más inevitable, cuanto que los argumentos alegados en favor de la fe no eran muchas veces más que autoridades, al paso que las objeciones estaban tomadas de la razon; la razon acabó por triunfar de la autoridad.

El Tratado de *Abelardo* sobre el *Sí* y el *No* asustó á los creyentes, y no sin motivo; dar argumentos así contra los dogmas como á su favor ¿no era decir que la verdad y el error son igualmente plausibles? *Gautiero de San Victor* fué el órgano de estos temores; sus invectivas contra los filósofos son un verdadero grito de alarma. El título de su folleto es una acusacion: «*Contra las herejías manifiestas y condenadas por los concilios, que enseñan en sus libros de sentencias los sofistas Abelardo, Lombardo, Pedro de Poitiers y Gilberto Porrretano.*» *Gautiero* dice que los dialecticos debilitan la fe: «*Ya no se sabe, dice, lo que es verdad y lo que es error; una sola y misma cosa parece á la vez verdadera y falsa. Si se escucha á esos razonadores, no se sabe si hay un Dios ó no, si Jesucristo es hombre ó no, ¿qué digo? ni aun si ha habido un Cristo. Y lo mismo sucede con todos los artículos de nuestra fe.*» El catolicismo ha concluido, exclama, si triunfa esta filosofía, porque reúne en sí todas las herejías (1).

*Gautiero de San Victor* no fué escuchado, aun cuando el clero participaba de sus temores (2). El mal que denunciaba era inhe-

(1) BULÆUS, *Historia Universitatis Parisiensis*, t. II, p. 402, 553.

(2) ESTÉBAN, obispo de Tournai en el siglo XII, escribió al papa Celestino III: «*Disputatur publice contra sacras constitutiones de incomprehensibili deitate, de*



rente á la escolástica; la filosofía iba á la duda y á la negacion, por el mero hecho de servirse de la razon para justificar dogmas contrarios á la razon. Desde el siglo XIII habia un escepticismo sistemático (1). *Rogério Bacon*, aunque no participaba de estas dudas, confesaba que, bajo el punto de vista de la razon, el cristianismo podia ser combatido lo mismo que las demas religiones (2). El espíritu humano se inclinaba á la incredulidad y no habia manera de detenerlo.

N.º 2. — *El escepticismo y la religion.*

No hay un solo dogma católico que no esté más ó ménos en oposicion con la razon. No ha duda en que los razonadores de profesion empujados, pues, de que los fundamentos del catolicismo. El dogma de la Trinidad era muy á propósito para ocupar su afan de especulacion; pero toda interpretacion filosófica de la Trinidad conduce á la herejía, porque la Encarnacion del Hijo de Dios es inconciliable con las leyes de la naturaleza. Sabido es que Roscelin, Abelardo y Guillermo Porretano fueron condenados por haber enseñado opiniones heterodoxas acerca de la Trinidad. Cosa singular; los que acusaban de error á los demas no tenian más acierto cuando trataban de profundizar el misterio. Esto fué lo que sucedió al abad *Joaquín*; escribió un libro contra la teoría de *Pedro Lombardo*, pero la doctrina del santo abad pareció tan poco ortodoxa como la otra, y fué condenada en el concilio de Letran. El siglo XIII, la edad de oro de la escolástica, fué fecunda en herejías acerca de la Trinidad. Los más grandes teólogos no estaban al abrigo de toda censura. *Duns Escoto*, el doctor sutil, una de las lumbreras de la escolástica

*incarnatione verbi.... Individua Trinitas in triviiis secatur et discerpitur, ut tot jam sint errores quot doctores, tot scandala, quot auditoria, tot blasphemie, quot platee.*» (GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 73, nota hh, p. 406.)

(1) ENRIQUE DE GANTE combate el escepticismo (*Summa*, Prolog. — HUET, *Enrique de Gante*, p. 117).

(2) ROGERIO BACÓN, *Opus Majus*, p. 41: «*Ex lege disputationis possunt negari omnia quæ in lege Christi sunt, sicut christiani negant ea quæ in aliis legibus continentur.*»

ca, fué acusado de renovar las proposiciones de Guillermo Porretano. Santo Tomás convenció á un canciller de la Universidad de que se habia equivocado en su *Suma teológica* acerca de las tres personas de la Trinidad (1); pero el *Angel de la Escuela* mismo fracasó en la explicacion de un misterio inexplicable. Un filósofo moderno dice que la doctrina de Santo Tomás es idéntica en el fondo con la herejía de Sabelio (2).

En realidad la Trinidad cristiana está resumida en la Divinidad de Cristo, es decir, en una imposibilidad filosófica. La Divinidad de Jesucristo es el verdadero fundamento del cristianismo. ¿Quién habia de esperar verla atacada en la Edad Media por medio de los argumentos que hoy emplean los unitarios? Monjes oscuros fueron los que hicieron esta sencilla observacion; «Si Jesucristo es realmente Dios, ¿cómo es que nunca se ha proclamado como tal?» *Pedro el Venerable* escribió una larga carta para ilustrar á los religiosos que le habian sometido sus escrúpulos; se queja, segun costumbre, de la inspiracion del diablo. El argumento no era muy decisivo. Verdad es que el abad cita palabras de Jesucristo que, segun él, prueban su Divinidad; pero los monjes habian leído y releído aquellos pasajes, y no habian visto en ellos lo que creia ver el abad de Cluni (3). Lo que prueba que las palabras de Jesucristo no dicen lo que se pretende que afirman, es que la duda suscitada por los monjes de Cluni ha persistido y ha acabado por apoderarse de los más grandes genios que honran á la humanidad.

En los escolásticos el escepticismo tomó otra forma; exageraron la Divinidad de Cristo hasta el punto de comprometer la humanidad del Hijo de Dios. *Pedro Lombardo*, el gran doctor cuya *Suma* tenia la autoridad de la Biblia, fué acusado por enseñar que Jesucristo, como hombre, no era nada. La opinion del *Maestro* fué admitida en la escuela como una verdad, con gran escándalo de la Iglesia. El Pontificado se estremeció: «Un número infinito de doctores, dice Alejandro III, han bebido en ese cáliz

(1) D'ARGENTRÉ, *Collectio judiciorum*, t. I, p. 120, 285, 122.

(2) REMUSAT, *Abelardo*, t. II, p. 381.

(3) PETRI VENERABILIS *Epist. ad Petrum de S. Johanne* (*Bibliotheca Maxima Patrum*, t. XXII, p. 970).



embriagador y se han visto acometidos de furor: la fe cristiana «pegrina» (1). Tenía razón de asustarse el Papa; el enemigo encarnado de los escolásticos, *Gautiero de San Víctor*, dice muy bien: «Si Jesucristo, como hombre, no es nada, no ha habido Encarnación verdadera, y por consiguiente, no hay cristianismo: «¿qué cosa más espantosa podría decir el Antecristo?» (2). Los doctores negaban la humanidad de Jesucristo, porque, á pesar de su fe, no podían comprender la unión de lo finito y de lo infinito. Además, ¿cómo habían de aceptar los filósofos la idea de un Dios que nace de una Virgen? Ya en la Edad Media se apeló á las leyes de la naturaleza contra el misterio cristiano (3); los ortodoxos salían de apuros diciendo que no era más imposible para Dios el hacer nacer á Jesucristo de una virgen, que el hacer hablar á la burra de Balaam. Juzgue el lector si la respuesta era á propósito para convencer á los que dudasen. La virginidad de la Madre de Dios, que subsiste después del parto, es una existencia tan absurda que chocó aún á la fe robusta de los doctores escolásticos; un teólogo de París expuso las objeciones de los Judíos contra el misterio cristiano, y no respondió á ellas porque las consideraba insolubles. La Virgen encontró un defensor, *Ricardo de San Víctor* (4); pero á fuerza de querer profundizar una cosa imposible, se llegó á consecuencias que comprometían la ortodoxia (5).

La fe en la Escritura es, juntamente con la divinidad de Cristo, la base de la revelación; puede decirse que es más fundamental todavía, porque ha sido rechazada por sectas protestantes que rechazan la divinidad de Jesucristo y que sostienen la inspiración divina de la Biblia. Sin embargo, desde la Edad Media fué atacada y conmovida la revelación escrita. Unos acomodaban los libros sagrados á sus opiniones, como lo hacen los cristianos racionalistas y los uni-

(1) MANSI, t. XXII, p. 119.

(2) BULÆUS, *Historia Universitatis Parisiensis*, t. II, p. 632, 553.

(3) IBID., p. 606.

(4) RICHARDUS DE SÁNCTO VICTORE, *De Emmanuele, Prologus*.

(5) Había doctores que, aún admitiendo la virginidad de María antes y después del nacimiento, decían que en el momento mismo del parto no había podido permanecer en su estado virginal. GODEFROY DE VENDOME refutó esta opinión. (D'ARGENTRÉ, *Collectio judiciorum*, t. I, p. 32.)

tarios (1); otros los ponían en ridículo y preludiaban á Voltaire, preguntando qué tiene que ver la revelación con el arca de Noé, con los bueyes de Abraham, con los asnos de Sebeon y los camelos de Job (2). Quedaban los milagros como apoyo de la revelación. No ha habido edad más crédula que aquella en que florecía la escolástica; sin embargo, ¿quién lo había de creer? Un doctor se burló de los milagros á las puertas mismas de Roma (3).

El dogma del pecado original y el de la divinidad de Cristo están unidos por un lazo tan íntimo que no puede subsistir uno sin otro. Pero ¿cómo explicar racionalmente una creencia que debe parecer falta de sentido á todo hombre ajeno á las ideas cristianas? Uno de los grandes doctores de la Edad Media lo intentó, pero se vió precisado á confesar su apuro. Se preguntaba si el pecado original era voluntario ó necesario: «No es voluntario, dice *Hugo de San Víctor*, porque el niño no es capaz de voluntad; no es necesario, porque si lo fuese, no podría ser imputado.» ¿Deduciremos de aquí que no es necesario ni voluntario? Entonces no sería nada. En su perplejidad, el filósofo cristiano exclama con el salmista: *Librame, Señor, de mis tribulaciones* (4). Renunciar á justificar un dogma es casi renegar de él. Tal era, por otra parte, en lo que se refiere al pecado original, la tendencia de los escolásticos. Todos eran más ó menos pelagianos; en algunos el error llegó á ser tan manifiesto, que se les achacó como una herejía. El gran doctor de los franciscanos, *Duns Escoto*, decía que el pecado podía perdonarse sin gracia: «Dios hubiera podido crear al hombre sin pecado, y por consiguiente, la gracia hubiera sido inútil; con mayor razón puede rehabilitar al hombre después de su caída y perdonarle su falta sin infundirle gracia.» Esta proposición fué condenada como pelagiana (5).

(1) PETRI BLESENSIS *Sermo XII* (*Biblioth. Maxima Patrum*, t. XXIV, página 1402): «*Imagines cordis sui in paginis Sacre Scripturae depingunt, literam renitentem suis adinventionibus accommodant....*»

(2) PETRI BLESENSIS *Sermo ib.* (Los autores de la *Historia literaria de la Francia* dicen que estos sermones son de PIERRE LE MANGEUR, canciller de la iglesia de París en el siglo XII.)

(3) GINGUENÉ, *Historia literaria de Italia*, t. I, p. 381.

(4) HUGONIS DE SÁNCTO VICTORE *Summa theologica*, III, 12.

(5) D'ARGENTRÉ, *Collectio judiciorum*, t. I, p. 286.



El pecado original trae consecuencias irritantes: la condenación de los niños no bautizados, la de todos los que no han conocido al Salvador, aun cuando no hayan podido conocerle; por último, la eternidad de las penas. La condenación de los niños preocupó á los doctores de la Edad Media como habia preocupado á San Agustín. Para justificar á Dios de la injusticia que el dogma católico imputa al Sér que es todo justicia, no encontraron los filósofos cristianos más razón que la injusticia evidente de los hombres: «¿No vemos, dice San Anselmo (1), que las leyes castigan á los hijos por las faltas de sus padres?» El célebre doctor no sospechaba que su justificación era una crítica sangrienta de las leyes humanas á la par que de la pretendida Ley Divina. En cuanto á la condenación de los gentiles, todavía preocupaba más á los filósofos: ¿cómo habian de creer que su maestro, aquel á quien casi igualaban con Jesucristo, ardiese en el fuego eterno del infierno? Escribieron libros en favor de la salvación de Aristóteles (2). Los pensadores cristianos estaban dispuestos á creer en la salvación de los gentiles, porque el filósofo por excelencia era un gentil. Desde el siglo ix hubo un admirador apasionado de los antiguos, que puso á los filósofos y á los poetas en el número de los elegidos (3). Uno de los espíritus más singulares de la Edad Media, un hombre que raya á la vez en la herejía, la locura y la santidad, Raimundo Lulio, á fuerza de desear la conversión de los gentiles, acabó por dudar de su condenación. Entre los errores que se le imputan se encuentra esta proposición: «que los Judíos y los Sarracenos que creen estar en la verdad y que no se hallan en pecado mortal, no se condenarán» (4). Hombre de caridad, Raimundo Lulio tenía tan gran fe en la caridad de Dios, que creía que casi todos los hombres se salvarían (5). Es en todo lo opuesto á la doctrina de San Agustín. Para salvar á los

(1) S. ANSELMI, *De peccato originali*, c. 28.

(2) BAYLE, *Diccionario*, en la palabra *Aristóteles*, nota R.

(3) PROBUS, sacerdote de Maguncia (SERVAT. LUPUS, *Epist.* 20).

(4) EYMERICI *Directorium Inquisitorum*, p. 258.

(5) «*Quod quasi omnes homines mundi erunt salvati, quia si plures essent damnati quam salvati, misericordia Christi esset sine magna charitate.*» (EYMERICI, *ib.*)

infeles hay que admitir que es posible la salvación por las solas virtudes morales, independientemente de la revelación; Raimundo Lulio no retrocedió ante esta herejía, que destruye el cristianismo en su esencia.

Las penas eternas, á despecho de la fe ortodoxa, encuentran contradictores en todos los que tienen el sentimiento de la justicia. En el siglo x San Gregorio combatió á los fieles que sostenían que una falta finita no podia ser castigada con una pena infinita (1). Las esperanzas implicadas por estas dudas no se extinguieron nunca. Alberto el Grande nos dice que en el siglo xiii habia un gran número de cristianos que no creían en la eternidad de las penas; el filósofo los reprende por confiar demasiado en la misericordia divina (2). En el siglo xv un doctor célebre reprodujo contra la eternidad de las penas el argumento invencible que San Gregorio habia combatido en vano (3). Las herejías de Pico de la Mirandola tenían en su favor el más ilustre de los teólogos griegos, Orígenes; condenado como hereje, su nombre fué poco conocido en la Edad Media, pero sus doctrinas subsistieron. Pedro Lombardo dice que muchos pensadores trataban de darse cuenta de las desigualdades de la vida actual, diciendo que era la continuación de una existencia anterior; el filósofo escolástico no tiene más razones que oponer á esta opinión que las palabras del Apóstol (4).

La duda sobre las penas eternas debia conducir á dudar de la doctrina cristiana acerca de la vida futura. Se presta á tantas objeciones la resurrección, que hasta un papa, declarado santo, confiesa que ha tenido sus escrúpulos (5). ¿Nos extrañará que el comun de los fieles tuviese dificultad para creer un milagro increíble? «La carne, decían, se corrompe y disuelve en polvo, el polvo vuelve á los elementos, luego la resurrección es una qui-

(1) GREGOR. MAGN., *Moralia*, xxxiv, 35 y 36.

(2) ALBERTUS MAGNUS, *Sermo XII* (*Op.*, t. xii, p. 23).

(3) PICO DE LA MIRANDOLA, en D'ARGENTÉ, *Collectio judiciorum*, t. I, Pars. II, p. 320.

(4) P. LOMBARDI *Sentent.*, lib. I, *distinct.* 41.

(5) GREGORII MAGNI *Homil.* 26 in *Evang.*: «*Multi de resurrectione dubitantes, sicut et nos aliquando fuimus.*»



mera» (1). Gregorio el Grande recurrió á los milagros para vencer á los que dudaban; sin embargo, en el siglo XII había todavía muchos creyentes que consideraban como imposible la resurrección (2). El escepticismo no se detuvo en la concepción cristiana; llegó hasta el materialismo. Muchos falsos cristianos, dice Alain de Lille, piensan que el alma perece con el cuerpo; el doctor escolástico quiere avergonzar á los discípulos de Cristo por negar una verdad que habían reconocido los filósofos paganos (3). La incredulidad tomó una extensión tan peligrosa, que los concilios se vieron obligados á condenarla (4). Habíase difundido por todos los países de la cristiandad. Juan Ruysbroek combate á los hombres que no creían ni en Dios ni en la otra vida (5). Erasmo habla de los epicúreos de Bohemia, que negaban la inmortalidad del alma (6). Tal es el efecto ordinario de las creencias que contrarian á la razón; cuando la razón las rechaza, sucede con gran frecuencia que arroja el fondo y la forma juntamente. Esto es lo que sucedió con la inmortalidad del alma; no pudiendo la razón creer en la resurrección ni en las penas eternas, cayó en la más absoluta incredulidad.

#### § VI.—Los Averroístas.

En todos los libros pensadores de la Edad Media se descubre un soplo de la antigüedad. El helenismo fué vencido por el cristianismo en cuanto se identificaba con el paganismo; pero contenía además otro elemento que no podía perecer, la libertad de pensar, el dón más hermoso de Dios. Durante largos siglos la razón sufrió el yugo de una fe ciega: para emanciparla, bastó un rayo

- (1) GREGORII MAGNI *Moralia in Job*, XIV, 70; in *Ezechielem*, II, 8, 6.  
 (2) HUGONIS DE SANCTO VICTORE *De Sacramentis*, lib. II, pars. XVII, c. 13.—BULÆUS, *Historia Universitatis Parisiensis*, t. II, p. 512 y sig.  
 (3) ALANUS DE INSULIS, *contra Waldenses*, c. 27 y 30 (*Op.*, p. 220, 223).  
 (4) *Concil. Tarracon.*, 1292: «*Dicere audent quod non sit resurrectio mortuorum, nec vita alia futura.*» (MANSI, t. XXIV, p. 1109.)  
 (5) J. RUYSBROEK, *De calculo*, p. 283.  
 (6) ERASMI *Epist.* 463 (*Op.* t. III, P. 1.<sup>a</sup>, p. 503).

de la cultura helénica. Esto es tan cierto, que desde el siglo XI hubo sabios admiradores de las letras antiguas que abandonaron el catolicismo y fueron condenados á la hoguera (1). Ahora bien, por un beneficio de la Providencia, la filosofía ortodoxa se inspiraba en un pensador griego: Aristóteles rompió los lazos que el dogma imponía al libre pensamiento. Sabida es la maravillosa influencia que ejerció el discípulo de Platon sobre la escolástica. Uno de los grandes doctores del siglo XIII fué llamado el noble de Aristóteles (2). A medida que se avanza en la Edad Media adquiere más autoridad su nombre; en vísperas de la revolución religiosa del siglo XVI, puede decirse que la filosofía no era ya cristiana más que de nombre. Un teólogo representó á Aristóteles como el precursor de Cristo. En algunas iglesias se leía su *Moral* de la misma manera que el *Evangelio*, ó por mejor decir, la *Moral* era preferida (3). Los neo-católicos maldicen esta influencia ejercida por un pagano; ven en ella el principio del racionalismo y de las tendencias anticristianas que se echan en cara á la escolástica (4). Bajo el punto de vista del cristianismo tienen razón; porque la doctrina aristotélica está en oposición completa con los dogmas cristianos. El dios de Aristóteles no es más que el primer motor, una abstracción, sin vinculos con el mundo moral, sin acción sobre los individuos y las sociedades. No puede decirse precisamente que niega la inmortalidad del alma; no se ocupa de este punto. Si su filosofía no procede de la sensación, conduce casi inevitablemente al sensualismo. La incompatibilidad del aristotelismo y del cristianismo no fué desconocida en la Edad Media. El fogoso enemigo de los filósofos, Gautiero de San Victor, echó en cara á Abelardo, á Lombardo, á Pedro de Poitiers y á Gilberto Porretano el inspirarse en el filósofo griego; de aquí, dice, sus errores sobre la Trinidad y la Encarnación (5). La antigüedad es la libertad del espíritu, y la libertad del espíritu en el cristianis-

- (1) GLABER RADULPHUS, II, 12.  
 (2) ALBERTO EL GRANDE (TENEMANN, *Geschichte der Philosophie*, t. VIII, p. 488).  
 (3) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 74, nota c; II, 4, § 146, nota c.  
 (4) F. SCHLEGEL, *Philosophie der Geschichte*, lección XIV.  
 (5) BULÆUS, *Historia Universitatis Parisiensis*, t. II, p. 403.